

EL AMOR DE UN INDIO.

Bello era el valle de Marquina. Rodeado de cerros, cuyas laderas, cubiertas de salvaje vegetacion contrastaban agradablemente con los prados cultivados, semejaba una perla escondida en medio de los bosques seculares que lo rodeaban.

Numerosos riachuelos, desprendidos de las vecinas cumbres, surcaban caprichosamente la llanura para reunirse despues en un rio caudaloso que corría longitudinalmente por el valle, yéndose a perder en las gargantas de la montaña.

Estaba situado al sur de Arauco, a diez leguas del famoso Tolten.

Parecia que la naturaleza invitaba a los hombres a establecerse en aquel lugar, ofreciéndoles un suelo fecundo, aguas en abundancia i una deliciosa perspectiva.

Los indios no habian despreciado tan valioso obsequio. Un gran número de chozas se veian dispersas en todo el valle. Sus moradores no formaban un pueblo como los nuestros en que la gente se reune para vivir del comercio o para consumir en el descanso la riqueza adquirida. Allí cada familia producia para sí, formando una sociedad patriarcal. Pero todas estas familias estaban sujetas a la autoridad del jefe, que ordinariamente era el indio mas rico i poderoso del lugar.

Muchas veces se reunian los habitantes en ferias en las cuales se verificaban algunos contratos; pero que mas a menudo eran el lugar de sus banquetes i borracheras. El padre que tenia muchas hijas las llevaba a estas fiestas donde los que necesitaban mujer se presentaban a comprarlas. Este era el matrimonio de los salvajes. Por consiguiente la riqueza de los indios guardaba a menudo proporcion con el número de sus hijas.

Por los años de 1551 los habitantes del valle de Marquina obedecian a Antonabal, indio mui estimado por su valor i sus riquezas.

Poseia éste extensos campos que le eran cultivados por los numerosos indios que tenia a su servicio; poseia oro i sus casas presentaban un modelo de arquitectura india. Pero poseia algo

que apreciaba mas que sus campos, mas que sus riquezas i que consideraba como la mas preciosa de sus joyas: tenia una hija, llamada Marabuta.

Razon tenia Antonabal para amar a Marabuta. La indiecia era buena i hermosa. En su rostro de quince años, adornado por las ondas de su negra cabellera, dos ojos grandes i expresivos revelaban un corazon capaz de sentir i una inteligencia poco comun entre las mujeres de su raza. La hija del cacique no tenia nada semejante a las otras indias del lugar. Su belleza era excepcional i su alma no era comprendida entre aquella gente, para la cual parecia no haber nacido. Sin embargo, por su trato afable i sencillo se habia hecho querer de todos, de manera que la morada del cacique era continuamente visitada por los indios de alrededor.

Cada cual a porfia se empeñaba en ostentar delante de su jefe las prendas que creia de mas valer en su persona.

Marabuta significa diez maridos i a la verdad eran mas de diez los que pretendian la mano de la india. Su padre habia recibido varias propuestas acerca de su matrimonio; pero habia rechazado las mas valiosas considerandolas insignificantes como precio de su hija adorada. Al ver esto ya los pretendientes se iban retirando. Por fin se creyo que el cacique no pensaba casar a su hija.

Solo Alican frecuentaba las tierras de Antonabal. Era este un joven indio de las cercanias que a costa de fatigas i trabajos habia comprado una pequena hacienda que cultivaba por su propia mano i en la cual cifraba todas sus esperanzas. Apenas tenia 20 años i ya habia experimentado las contrariedades del trabajo i las torturas del amor. Amaba a Marabuta con una pasion noble i desinteresada, nacida del corazon i enardecida por la insuperable barrera que la ambicion del cacique ponia entre el i el objeto de su anhelo. No era aquella la pasion del salvaje de los bosques, era un sentimiento digno del hombre civilizado.

Las tierras de Alican deslindaban con las de su jefe. Continuamente se veia al indio ocupado en labrar la tierra; pero un observador mas atento hubiera podido notar que a veces suspendia su tarea, cruzaba las manos sobre el pecho i despues de un movimiento de cabeza quedaba inmovil como una estatua. ¿Cuales eran sus pensamientos? ¿a donde se dirijian sus miradas? Facil es adivinarlo. A poco distancia de el se hallaba Marabuta, la cual contestaba con timidez el afectuoso saludo de su amante.

El lenguaje del amor es bien conocido. Miradas, jestos, señales, una palabra, una frase, inagotables discursos: he aqui toda su gramatica, gramatica bien sencilla sin duda, cuyo aprendizaje no requiere largas veladas ni pesados estudios i que es la misma en los salones de una corte europea que en las selvas del nuevo mundo. Varias veces se habia visto a Alican en medio de las fiestas,

olvidado de las viandas i del licor, contemplando en silencio a la hija del cacique. I ya otras veces habia dirigido sus cumplimientos a Marabuta. I no solo una vez el prado de la india amanecio cultivado por una mano desconocida.

Las flores de la montaña adornaban el rostro de la belleza de Marquina i Marabuta nunca iba a la montaña.

Ellá no trabajaba i sin embargo sus labores progresaban con rapidez.

I si alguna vez Antonabal queria explicarse estos misterios la indiecia se sonrojaba a sus preguntas.

El amor de los dos indios crecia cada dia mas. Cada dia les era tambien mas dificil comunicarse, porque el cacique no permitia salir mui a menudo a su hija; ántes por el contrario la tenia encomendada a una estricta vijilancia.

Era una tarde de abril. El cielo estaba sereno. Una leve brisa movia la copa de los árboles i la luna aguardaba que el sol depusiera sus rayos para bañar la tierra con apacible luz.

Aprovechando la ausencia de su padre Marabuta desea hablar un momento con su amante. Se dirige al prado a donde en otros tiempos risueña e inocente iba sin sobresalto ni temor. ¿I por qué ahora, al salir, mira en todas direcciones? ¡Ah! su corazon la acusa i le dice que no son las flores las que dirijen sus pasos hacia allá.

Aun no habia andado mucho cuando Alican sale a recibirla.

“Mucho has tardado, bien mio, la dice; hubiera corrido para encontrarte mas pronto, pero me habias ordenado permanecer en este lugar.”

“I has hecho bien porque de otro modo mi padre te habria sorprendido sin remedio.”

Diciendo esto ámbos llevaban sus pasos hacia la montaña.

Continuan marchando silenciosos pero su silencio es el mutismo del amor. De cuando en cuando alguna ligera observacion viene a interrumpir los armoniosos pensamientos en que se deleitan los dos amantes. Insensiblemente van acercándose al límite del valle i ya se internan en el bosque. Marabuta lo advierte; quiere volver pero Alican la invita a descansar a orillas de una fuente cristalina que a pocos pasos de ellos se encontraba. El verde i apretado césped que tapizaba los bordes del manantial les ofrece un cómodo asiento i el frondoso ramaje que servia de techo a aquel salon de la naturaleza deja escapar algunos rayos de la luna que brillaba en el espacio.

El lugar era a propósito para una escena tierna i apasionada. Pero los dos seres que allí se encontraban no tenian en medio de su sencillez las lisonjas i mentidas palabras que los poetas ponen en boca de los amantes.

Alican fué el primero que rompió el silencio.

“Tengo que decirte cosas importantes, Marabuta. Abrigo un proyecto de cuya realizacion pende la felicidad de mi vida. Sa-

bes que no poseo bienes suficientes para obtener tu mano: pero quizá tu padre consienta en tomar todo lo mio, obligándome yo mismo a servirle toda mi vida con tal de vivir a tu lado i unirme contigo en matrimonio. Pobre seria nuestra boda. No tendría una choza que ofrecerte. Nuestros hijos no mirarian como suyas las tierras en que nacieran. Pero en cambio viviríamos amándonos para siempre i quizás la bondad de Antonabal supliría lo restante."

Marabuta contestó con un suspiro.

"¿O no me amas, Marabuta? ¿prefieres talvez a otro que, en lugar de llevarte un amante corazon, te dé riquezas, reservándote la suerte de sus numerosas mujeres."

"¡Ah! Nós, Alican. Bien sabes cuanto compadezco la suerte de todas las mujeres de esos hombres inhumanos. Tampoco necesito decirte que sé apreciar tus sentimientos. Encuentro en tí algo que no existe en los demás hombres. Pero oye lo que te voi a revelar i dí tu mismo si podrán realizarse los sueños seductores de tu fantasía.

"Al otro lado de esta montaña existe un cacique poderoso cuya autoridad se extiende hasta los pueblos que baña el Océano. Tiene 12,000 indios bajo sus órdenes i con sus riquezas podría reunir mas aun. En su fisonomía está pintada una ferocidad salvaje i su mirada causa terror. Pues este hombre es tu rival. Mi padre ha entrado en comunicación con él, porque varias veces los he visto juntos por largo tiempo. El me dirijó una vez la palabra pero no le entendí lo que me decia i me alejé al instante.

"Por el sijilo que guardan en sus conversacionnes i por los preparativos de guerra que se hacen en esta tierra pienso que algún asunto importante los ocupa. El otro dia mi padre en un transporte de entusiasmo me reveló algo que quizás él mismo no hubiera querido descubrir. "Hija mia, me dijo, estrechándome entre sus brazos, tú serás por ahora el olivo de paz que una a los jefes de la patria i despues serás la causa de la gloria que va a recaer sobre mi nombre peleando contra el enemigo extranjero." Mas tarde le oia hablar de ciertos hombres que vienen a ocupar nuestras tierras i de su alianza con el jefe vecino para rechazarlos.

"Todo esto me hace divisar días de tormenta i un porvenir aciago para nuestro amor."

"¡L qué! exclamó Alican, ¡tan grande es la ambición de Antonabal que se sirva de su hija como de una mercancía para ir a comprar glorias i poder! Nós, jamás permitiré, amada mia, que contrariando tus desos, se te obligue a habitar en la choza de un señor altanero. Nós, jamás permitiré que seas de ese bárbaro porque siento dentro del pecho algo que me dice que debes ser mia i que en mi casa no seguirías la codición de la mujer de un cacique.

"Iré, hablaré con tu padre, i si es verdad que te tiene reservada para ser la víctima de su ambición, el dardo de mi flecha, la punta de mi lanza embotados hasta ahora por tu amor, irán en-

tónces a clavarse agudos en el corazon de mi rival. Correré hacia esos extranjeros de que me hablabas hace poco i con ellos sembraré la destruccion i la muerte por donde quiera que se me ponga obstáculo para llegar hacia tí."

Marabuta, sobresaltada por la agitacion que notaba en Alican, va a replicar; pero la voz queda suspendida de sus labios al ver a su amante que cae derribado por el golpe de un brazo vigoroso. La india arroja un grito, mira hacia atras i ve a su padre de pie en actitud amenazante, los ojos encendidos, los puños apretados. Antonabal se dirige a ella, la toma de un brazo i la arroja lejos de sí. Despues, dirigiéndose a los indios de su comitiva: "Tomad, les dice, ese vil esclavo que ha tenido la insolencia de poner sus ojos en la hija de su amo. Conducidlo maniatado a la prision, porque le está aguardando un castigo ejemplar. I tú, hija indigna de mi amor, aprovechabas los momentos de mi ausencia para venir a solas con el infame a conspirar contra mí. El cielo me ha conducido a tiempo para desbaratar vuestros planes. Todo ha concluido con un golpe de mi mano; pero reservo un premio para tu traicion. No está lejos el dia en que obtenga una gran victoria; ese tambien será el dia de tu boda con el cacique de la costa i la cabeza de Alican será la copa nupcial que para ese dia os tenga preparada."

Diciendo esto, ordena a su hija que lo siga, la cual obedece mudada de terror.

¡Cuánta mudanza en tan breve tiempo! Denantes llenos de amor i de esperanzas se dirijian al bosque del cual vuelven ahora poco menos que en la tumba.

Ya todo parecia concluido para ellos.

En marzo de 1551 los españoles, despues de haber fundado la ciudad de la Concepcion i de haber extendido por el pais vecino la fama de sus prodijios, logrando así intimidar por algun tiempo a los belicosos araucanos, echaron los cimientos de una nueva ciudad a la que dieron el pomposo nombre de *Imperial*. Los indios solo opusieron una débil resistencia para impedir que sus enemigos se arraigaran en su suelo, levantando pueblos que ellos consideraban como monumentos de la esclavitud. Gracias a esto la fábrica de la Imperial fué rápida i el gobernador Pedro de Valdivia se encontró luego en aptitud de contituar las esploraciones que habia interrumpido.

Formóse una division de 150 hombres de a caballo, algunos de a pie i yanaconas de servicio, al mando del mismo gobernador i de Jerónimo de Alderete, su lugarteniente. Esta division debia marchar hacia el sur al traves de los bosques i matorrales impenetrables con que estaba cubierta toda la rejion que se proponian reconocer. Naturalmente la marcha no podia menos que ofrecer serios obstáculos para los españoles que, sin conocer el lugar, no hubieran podido descubrir los ocultos senderos que

cruzan en ciertas direcciones esas montañas al parecer impracticables. Un guia les era de absoluta necesidad en las circunstancias en que se hallaban. La Providencia se los proporcionó.

Estaba ya el ejército para salir de la Imperial, cuando se presenta un indio en busca del gobernador. La pobreza se revelaba en su vestido i la desgracia se pintaba en su semblante. Llevado a presencia del jefe expone con sencillez i en pocas palabras que el único objeto que lo ha traído a los cuarteles de los españoles ha sido el de ponerse al servicio de éstos en cuanto les fuere de utilidad. Pero como Valdivia reflexionara en aceptar la propuesta del araucano, talvez sospechando en él la existencia de un espía, el indio se arroja a sus piés i le suplica con lágrimas en los ojos acceda a la petición de un desgraciado que cifra su única esperanza de felicidad en ponerse a su servicio, aun cuando lo considere como el último de sus esclavos. La humildad de sus palabras, la sinceridad de su expresion hacen desaparecer la duda del ánimo del gobernador, quien despues de haber obsequiado al indio con un magnífico vestido, lo hace el guia de la expedición proyectada. Desde este momento la sombría nube que oscurecia su frente se despeja, brillando en su lugar una aureola de satisfaccion i de contento que hace resaltar en toda su nobleza las varoniles facciones del salvaje.

Bien pronto los españoles simpatizaron con su guia, entusiasmándose con las descripciones que éste les hacia i con las noticias que les daba de las tierras que ellos pensaban conquistar. De este modo la marcha se hizo fácil, i el entusiasmo nunca faltó a la tropa infundiéndole valor siempre que había menester.

Distaban ya seis leguas de la ciudad de la Imperial, cuando los conquistadores se encontraron en las riberas de un río muy caudaloso, el Tolten. Al otro lado del río un gran número de indios los esperaba resueltos a estorbarles el paso. Pero los españoles, gracias a la inteligencia i actividad desplegadas por su guia, pudieron construir, sin ser vistos, i valiéndose de carrizo i paja algunas balsas en que atravesaron el río, burlando la vigilancia de los indígenas, porque la misma corriente de las aguas los llevó a un lugar distante de donde estaban apostados sus enemigos.

Una vez al otro lado los españoles fueron contra ellos, sembrando en sus filas el pavor i el espanto. Al ver el valor desplegado por estos hombres desconocidos i al experimentar el terrible impulso de la caballería, los indios huyeron a la montaña dejando abandonadas sus habitaciones.

Despues de este primer encuentro, los españoles continuaron su marcha contra la corriente del río hasta llegar a un pueblecito muy regular formado de casas edificadas con palizadas. Esta ha situado este pueblecito en una vega hermosísima. Lo agradable del sitio, como la comodidad que presentaban las casas que en él existían, determinaron al ejército a acampar por algunos

días en este punto. Los soldados comenzaron a disfrutar del descanso que ya hacían necesario las fatigas de un largo viaje. Todos recibieron con entusiasmo la idea de pasar algunos días de ocio en tan ameno paraje. Solo el indio que les servía de guía se mostró taciturno al recibir la noticia de la detención que pensaba hacer el ejército. Ya otras veces se había notado con cuanto placer recibía la voz de marcha i con cuanto disgusto se detenia para hacer alto en algún lugar. A la cabeza del ejército, la vista fija en el lejano horizonte, devoraba las distancias con ligero e incansable paso. Hubiérase dicho que un imán poderoso lo atraía desde lejos al mismo tiempo que embargaba las potencias de su alma cuando ejercía sobre él su influencia.

Obligado ahora a detenerse por algún tiempo, experimentó en un instante un cambio radical. Ya no fué el alegre guía que animaba a los soldados en la marcha. Presa de la melancolía, consumía las horas enteras en la inactividad, entregado tan solo a sus propios pensamientos. Impaciente el indio en semejante situación, se resolvió a hablar con el gobernador, cuya bondad le había granjeado su confianza, para desahogar en él su oprimido corazón.

Cierto día que el gobernador trataba de indagar la causa de su malestar, el indio le contestó: "Ah, señor gobernador, no se admirara vuestra merced de mi tristeza si supiese cuan desgraciado soy. Me llamo Alican i nací en el valle de Marquina. Pero me he visto obligado a alejarme de mis padres i a perder de vista la tierra de mi nacimiento para salvar la vida que me iba a ser arrebatada. He visto sobre mi cabeza la maza del verdugo i solo la fuga pudo librarme de expiar como un cobarde el solo delito de haber amado. Sí, porque esta ha sido la causa principal de mi desgracia i es ahora lo que motiva mi tormento. Ha de saber vuestra merced que había osado poner mis ojos en la hija del cacique Antonabal, la más hermosa de las mujeres, i éste quiso castigar con la muerte mi pasión. Me fugué, i lejos de Marabuta, sin patria, sin hogar, he andado errante por largo tiempo en busca de un apoyo con que pueda recuperar la felicidad que un día triste en la historia de mis días me ha arrebatado quizás para siempre."

Valdivia se apresuró a consolar a nuestro enamorado indio, diciéndole que contase con que él arreglaría todo de modo que se casara con su india adorada i disipara los temores i desconfianzas que Alican abrigaba.

El amor hace tímido al más valiente i valiente al más cobarde. Alican temía que un ejército de indios destrozase al reducido número de españoles que acompañaban al gobernador; pero al mismo tiempo él solo hubiera peleado contra todo el ejército por conseguir a su amada.

Ya más tranquilo con la promesa que había recibido, nuestro

guia recobró su alegría i desde ese dia sirvió con mas empeño a los españoles.

Su deseo hubiera sido volar hacia Marquina a fin de realizar cuanto ántes las felices probabilidades de ventura que la oferta del gobernador abria para él. Pero no todo estaba en su mano i aun quedaban para Alican algunos dias, que a él parecian siglos, de inquietud.

Valdivia queria adelantar mas todavía hacia el nacimiento del majestuoso río que por algunas leguas habia sido su constante compañero de viaje. El abundante caudal i la hermosura de sus aguas despertó en los españoles el deseo de conocer la laguna de donde, segun las noticias que habian adquirido, traia el río su oríjen. Ademas, los indios del lugar en que ellos habian fijado su campamento los molestaban continuamente con sus engañosos ataques. No podian soportar, i con razon, que aquellos intrusos extranjeros viniesen con su arrogancia acostumbrada a desalojarlos de lo que les pertenecia; de manera que vieron con gusto su retirada del lugar.

A los pocos dias de marcha, encontrábanse ya los españoles en las riberas de la laguna de Villa-Rica i tenian ocasion de probar sus sabrosos pejerreyes, porque los naturales salieron a obsequiar inmediatamente a los recien venidos, ocultando bajo el manto de la amabilidad los proyectos hostiles que contra ellos maquinaban.

En efecto, cuando éstos a la sombra de la noche procuraban encontrar en el dulce sueño un descanso para sus miembros fatigados, aquéllos, aprovechándose de la misma oscuridad, comienzan a disparar dardos i flechas sobre sus enemigos indefensos. Resuena el grito de alarma en el campo de los españoles, despiertan los soldados, toman sus armas, buscan al enemigo.... Pero el enemigo no se encontraba. Los indios dirijian su ataque desde la ribera opuesta del río i los españoles solo despues de pasar el primer estupor vinieron a comprender la situación en que se encontraban. Felizmente para ellos una densa neblina que se extendió al rayar el alba por las riberas del lago, prolongó la oscuridad i dió tiempo para que los españoles, dando vuelta a la laguna, cayesen sobre los desdichados salvajes haciendo grandes destrozos; pues éstos, sorprendidos por el terrible sistema de guerra que por primera vez experimentaban se dejaron degollar sin resistencia.

Cuenta el autor de esta historia que al aclarar el dia los indios tuvieron ocasion de comprender la magnitud de su derrota al ver el río tinto con la sangre de los suyos; i él mismo refiere, como un ejemplo de la残酷 que esta vez demostraron los españoles, el hecho siguiente, que preferimos reproducir:

“Hubo un indio que habiéndose defendido por largo tiempo peleando como un Héctor hasta ser rendido finalmente, i preso, vió a manos del teniente jeneral, el cual mandó a un negro suyo

que le partiease por medio del cuerpo como habia hecho a otros, i diciéndole el esclavo al indio que se bajase, él se puso a recibir el golpe i estuvo tan sesgo, i sin muestra de sentimiento ni jemido como si diera en la pared, con ser tal el golpe que le dió por medio de los lomos con una espada ancha que a cercen cortó por medio el cuerpo haciendo dos dól; las cuales cruidades ni eran para manos de cristianos, ni tampoco merecidas de los indios, pues hasta entónces no habian cometido delito en defender sus tierras, ni quebrantaban alguna lei que hubiesen recibido."

Pero dejemos a un lado a los españoles con sus marchas i combates. Ya Alicant los lleva a Marquina, ponderándoles en su contento la hermosura de Marabuta i la belleza incomparable del valle en que habitaba. A atenerse por lo que el indio decia, aquello era un eden tan encantador como el de nuestros primeros padres o como el paraíso de Mahoma. Los soldados se divertian con esto i soportaban con paciencia las largas jornadas que les hacia emprender su enamorado guia.

Entre tanto en Marquina habian tenido lugar nuevos acontecimientos. Marabuta desde la evasión de Alicant habia recuperado un tanto las fuerzas que habia perdido dia a dia miéntras la prisión de su amante; aunque su ausencia no permitia el completo restablecimiento de su espíritu. De continuo procuraba aplacar la cólera que los últimos sucesos habian hecho jerminar en el ánimo de su padre.

El carácter del araucano no tiene nada de versátil. Por el contrario, poseido su espíritu de alguna idea, no la abandonan jamás. Antonabal participaba tambien de esta firmeza. De manera que las lágrimas de su hija, si bien pudieron contener sus arrebatos, no borraron nunca de su alma el rencor profundo que tenía con el amante de Marabuta. Antes bien, este rencor tomó nuevo incremento al saber que Alicant servia de guia a hombres que atravesaban a sangre i fuego todo el país, arrogándose el título de conquistadores de Chile. Conservaba, pues, el propósito de combatir al extranjero; pero tuvo al fin que desistir de él, viéndose precisado a permanecer en la inacción.

La rivalidad habia estallado entre él i el cacique de la costa. Ademas este último le echaba en cara la evasión de Alicant i no podia soportar la repugnancia que por él manifestaba la hija de Antonabal.

Por otra parte, la fama del combate de la laguna llegó a oídos de los indios i los de Marquina, poco acostumbrados a la guerra, presa del terror, esperaban como un acontecimiento fatal el dia en que su sangre habia de ser derramada por los españoles, sin atreverse siquiera en su pensamiento a hacer frente a estos hombres terribles.

El cacique, pues, se encontraba aislado, i probablemente participaba del temor de sus súbditos, cuando el ejército de Valdivia avistó las tierras de su dominio.

Alican fué el primero que, corriendo a una altura inmediata dirijió su vista a aquellos campos que tanto había recorrido en su infancia i que después, regados con el sudor de su trabajo habían sido testigos de su felicidad como también de su infortunio. Al divisar la choza de su amada, el tiempo retrogada en su mente i lo trasporta a aquél mismo instante en que por última vez se alejó de aquellos sitios. Presa de una viva emoción apénas comprende lo que pasa al rededor de sí, de tal modo que uno de los soldados, sacándolo del éxtasis en que estaba sumergido, tiene que advertirle que acuda al llamado del gobernador.

Valdivia había resuelto premiar por fin a su fiel servidor, poniendo todo lo que tuviese de su parte para darle a la india, objeto de su amor.

Así, tan luego como Alican estuvo delante de él, le cojío la mano con afección i le dijo: "Te estoy sumamente reconocido por tus servicios. No encontraría una remuneración proporcionada a ellos si tú mismo no me hubieras indicado el medio de hacerte feliz. Cuenta conmigo desde ahora. Toma ese caballo i vé a traer a la que debe ser tu esposa, porque yo quiero ser el padrino de tu boda. En cuanto a la comitiva que necesites, puedes escojerla entre mis servidores."

Alican, loco de júbilo, salta sobre el fogoso animal que, dócil a la rienda, responde instantáneamente a la voluntad de su jinete. Este suelta la brida i, creyéndose en posesión del rayo, se lanza con indecible ardor a la llanura. Nada mira, nada ve. Anima, excita, espolea a su caballo caminando siempre en dirección a la choza de su amada, i pronto se pierde entre los árboles.

Mientras éste sigue veloz en su carrera, Marabuta permanece silenciosa contemplando a su padre que agitado se pasea a algunos pasos del lugar en que ella se detiene. Por la expresión de su semblante se puede adivinar que dos ideas contrarias combaten en ese momento en su alma. Mira a su padre i sus facciones se oscurecen; mira hacia lo lejos por el valle i con los aires que de esos lados aspira parece animarse su rostro como con la perspectiva de una dulce esperanza realizada; pero luego vuelve a caer en la tristeza que la abruma.

Antonabal está preocupado con la nueva del arribo de los españoles i medita acerca de la actitud que deba tomar en su presencia.

De repente un sonido extraño se hace oír a pocos pasos de distancia i la tierra se extiende como bajo la planta de un gigante. Marabuta i Antonabal, sobresaltados, miran a su alrededor i ven algo como sobrenatural que vuela hacia ellos con la velocidad del relámpago, salva con rapidez los obstáculos que a su paso se oponen i se detiene a sus piés. Aun no han vuelto de su estupor cuando un indio se desprende de esta máquina portentosa i ambos reconocen en él la figura de Alican.

Este, aprovechando el terror que había infundido su extraña

aparicion en el ánimo del cacique, toma a Marabuta que, enajenada, no hace resistencia, la coloca por delante en el caballo sosteniéndola con su brazo, i, ébrio de felicidad, vuela con ella al campamento.

Antonabal, por el momento, apénas se dió cuenta de lo que pasaba. Pero cuando volvió en sí i pudo comprender que su hija le había sido arrebatada, inmediatamente tomó la resolucion de correr en su busca. Marcha, pues, siguiendo las huellas de Alican hasta que llega al lugar en que estaban acampados los españoles. Preséntase ante el gobernador no dudando ya que él fuese la causa de su mal i le expone su queja. Píntale con los mas negros colores la conducta de Alican; pondera la importancia que tenía como cacique del lugar i lo mucho que amaba a su hija. Exhorta a los españoles a que se hagan dignos de la doctrina que predicán i a que le vuelvan a Marabuta para no desmentir la buena conducta que hasta entonces habían observado para con los indios de Marquina.

El gobernador le hace presente que su intencion no es de ofenderlo, ni mucho ménos de despojarlo impunemente de lo suyo. Le ofrece, en efecto, una fuerte suma de dinero i muchas ventajas personales para que consienta en el matrimonio proyectado. Trata de calmar su resentimiento con Alican haciendo resaltar las buenas cualidades del indio i diciéndole que tuviese a honor la mediacion por él interpuesta en este asunto.

Antonabal tuvo que retirarse, aunque no mui satisfecho de las razones del gobernador, pero sí agradecido por la suma que le dejaba en su poder.

Ya solo se trataba del matrimonio de los dos indios. La division, que había ido en busca de mantenimientos, había regresado trayéndolos en abundancia i mui oportunamente para la fiesta que se preparaba en el ejército.

Era la tarde de un dia del mes de noviembre. La misma hora en que algunos meses ántes los dos esposos se habían encontrado en el valle i habían tenido su última entrevista. Ellos estaban colocados en la cumbre de una colina desde la cual divisaban el mismo sendero que conducía a aquella fuente que tan gratos i amargos recuerdos traía a su memoria.

Todos los soldados españoles simpatizaban con el indio, cuyos servicios habían aprovechado durante el viaje; así es que se agrupaban con empeño al rededor de los esposos, admirando los unos la belleza de Marabuta, gozando los otros con el contento que en su compañía experimentaba Alican.

Pedro de Valdivia se dirige al capellan de la expedicion i le anuncia que ya es tiempo de que se verifique el matrimonio.

Este avanza i derrama sobre la cabeza de los dos indios el agua rejeneradora del bautismo i se prepara en seguida para unirlos con el sacramento del matrimonio.

Los soldados presenciaban en silencio esta escena i ya el sa-

cerdote iba a dar la bendicion nupcial, cuando de súbito resueno el grito unísono de mil bocas sedientas de sangre i de venganza, i en el momento millares de indios brotan de los bosques en que se habian ocultado.

La escena cambio por completo en el campamento. “¡Los indios!—¡A las armas!” fué la voz jeneral, i un instante despues todo presentaba el espectáculo de una gran batalla.

La colina en que estaba Alican fué teatro de sangrientas lides. Aquí un indio era atropellado por un jinete español, acá un soldado derribaba a otro con su sable i allá un tercero mordia el polvo, víctima de una bala enemiga. Entre tanto, Alican, al lado de su amada, como una tigre guardando su cachorros, repartia la muerte entre aquellos que pedian a gritos la suya, maldiciendo al traidor. Mas de un indio quiso avanzar hasta Marabuta para aniquilar esa belleza que ellos consideraban como la causa de la guerra; pero Alican con solo su aspecto amenazante les impidió llegar a ella.

Hubo un momento en que la fisonomía de nuestro héroe fué marcada con la impresion de indecible cólera. Producia en él este efecto la aparicion de un guerrero que en las señales de su traje indicaba ser uno de los principales, sino el primer jefe de los indios, i enyo semblante hizo extremecerse a Marabuta apénas lo hubo divisado. “Lo ves, ahí está, Alican, grita la pobre india, es él mismo, el cacique de la costa. Sin duda estamos perdidos.”

Efectivamente, Alican pudo comprender ahora el origen de ese ataque inesperado al ver al frente del enemigo a su orgulloso rival i desgraciamente comprendió tambien que los temores de su esposa no eran infundadas.

Los indios estrechaban el ataque por ese lado i su jefe los animaba con su valiente ejemplo. Uno de los soldados españoles habia caido. Otro de los pocos que en ese punto se encontraba habia empeñado un combate cuerpo a cuerpo con un indio, dejando en descubierto a Alican i su amada. Este hacia prodijos de valor, pero ya habia recibido una herida que le impedia obrar como quisiera. Un momento mas i los enemigos completarian sus propósitos. Alican tiene por segura su muerte i se resuelve a vender cara la vida que en esos momentos tanto apreciaba. Busca a su odiado rival i empeña con él un encarnizado combate, sin cuidarse de lo que pasaba a su alrededor i sin notar el oportuno auxilio de algunos jinetes que venian en su amparo. A su llegada, los indios comenzaron a ceder, i Alican vió escapar de sus manos al cacique.

Los indios en todas partes habian perdido terreno i ya se declaraban en completa derrota.

Los españoles emprendieron entonces su persecusion, i Alican mas ardoroso que todos queria ver expirar a sus piés a su rival. Acompanado de algunos soldados sigue las huellas del cacique enemigo, al que a poco andar divisan que huia con Antonia-

bal, su antiguo aliado. Parece que éste solo a última hora había resuelto tomar parte en la refriega, inducido por su resentimiento con el jefe español i por las instancias de los mas belicosos de sus súbditos. Ya el destacamento del ejército vencedor estaba sobre ellos, amenazándolos con segura perdición. Al ver su situación, el cacique de la costa se vuelve contra Antonabal, blandiendo en la mano un acero vengador que había arrebatado en la pelea: "Tú solo, le dice, eres la causa de mi desgracia. Me has engañado cien veces. Por tí he tomado las armas i quizá tú, conduciéndome por estos sitios, me has armado un lazo para que perezca i hacerte despues dueño de mis tierras. Pero nó, morirás antes que yo." Dice i se precipita, ciego en su furor, contra el cacique inocente. La rabia de que estaba poseido hace que yerre el golpe i da tiempo a Alican para interponerse entre ellos. El feroz cacique intenta un nuevo ataque, pero esta vez va a encontrarse contra la espada de Alican, cuyo hierro le penetra hasta las entrañas.

"Hijo mio, exclama Antonabal, te debo la vida" i estrecha a su salvador entre sus brazos.

Desde ese momento Antonabal fué un fiel aliado de los españoles i el matrimonio de Alican i Marabuta les aseguró la paz en aquel valle, descansando por algun tiempo de la lucha interminable de la conquista.

Santiago, 25 de abril de 1875.

CÁRLOS ALDUNATE S.

LEYENDA.

(DISTINGUIDA CON MENCION HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN DE 1874.)

(Continuacion.)

DONDE SE SABE QUIEN ES EL PADRE DE ENRIQUE.

Puesto que sabes ya las circunstancias
Por las cuales dejó Ferrol a Chile,
De Job, lector, imita la paciencia
I a mi pobre leyenda honrando sigue.